

LOS HERMANOS

DE LOS doce mencionados en las *Parentalia*, tres se habían ido ya antes de mi nacimiento: Roberto, Aurelia y Eloísa; dos —Guadalupe y Eva— se fueron cuando yo era muy niño.

Aurelia, Eloísa y Guadalupe no tuvieron tiempo de dejar rastro. A Roberto, aunque murió de pocos años, mis padres lo recordaban constantemente y contaban sus dichos y hechos como si se tratara de una persona llena de hazañas, “constelada de casos y de cosas”, al punto que yo me sentía celoso. Bravío y bronco, de él no se referían gracias infantiles, sino más bien salidas audaces. Perteneció todavía a la etapa guerrera de la familia. Era un diminuto Rodrigo de Vivar que andaba descolgando espadas para medirse con sus mayores y que no quería dar las gracias por la recuperación de su salud ante un triste crucifijo de aldea, porque le parecía una imagen muy inexpresiva y miserable: “¿Ése es Dios? —dijo el cachorrillo militar—. ¡Ése será su asistente!” Cuando ya estaba muy malito, le ponían botellas de agua caliente en la cama. Murió creyendo que una de ellas era el sable y otra el bridón.

Eva vivió hasta tres años y mostró una precocidad inaudita. Se escapaba con los pocos centavos que lograba juntar, compraba en el Parián sus juguetillos de barro, y luego volvía tan orgullosa y con sus cuentas cabales. Era demasiado inteligente para quedarse en este mundo. Yo tenía cinco años; la vi agonizar, arrebatada por una cruel meningitis. Le habían puesto unos enormes guantes, rellenos de lana, para que no se mordiera los deditos. Aquello fue para mí, como para el príncipe Sakia-Muni el día que se asomé al mundo, la primera experiencia sobre el dolor y la fragilidad de la vida.

Tú me dijiste, madre, que nuestra verdadera patria es el cielo, y el mundo, morada transitoria. Yo, niño, no podía comprender tus lágrimas, cuando la pobre hermana Eva ‘nos fue arrebatada a los tres años.

—~Porqué lloras —te pregunté—, si Evita está ahora en el cielo?

La voz de la sangre te hizo responderme:

—Una niña nunca está mejor que sobre el regazo de su madre.

Y yo he comprendido poco a poco. Somos cosa tan deleznable, que hasta antes y después del tiempo necesitamos que el hada buena nos sostenga en sus brazos; de aquí el culto de las Diosas Nutricias, principio que nos conduce y ampara.

Era mucha la mortalidad infantil. Yo mismo no sé cómo resistí los asaltos de la pulmonía, el sarampión, la tos ferina, las paperas y unas cuantas dolencias más, de que fui víctima según me aseguran. Porque yo sólo he guardado memoria, entre mis molestias infantiles, de los trastornos digestivos, un leve ataque de orejones o paperas, achaques dentales, fiebres recurrentes y jaquecas, colores de cabeza casi durante toda mi vida. Por cierto que los métodos de la medicina en mi infancia, junto a los actuales, me hacen pensar, no ya en el incierto amanecer medieval, sino en aquellas que los historiadores llaman las Edades Oscuras. En este orden, he presenciado en mi existencia un adelanto desconcertante, que las malas lenguas atribuyen al efecto de las conflagraciones bélicas.

La carrera de mi vida comenzó, pues, en un pelotón de ocho hermanos. León, el medio hermano mayor, se dejaba ver de tarde en tarde. Ingeniero militar adscrito a una comisión geográfica, recorría el país, y algunas veces aparecía por casa. Como poseía una fuerza prodigiosa, con los dedos doblaba los “quintitos” de plata (que así llamaban a los “vigésimos” o cincos) y me los lanzaba como obsequio. Los otros hermanos me contaron después que, cuando era cadete en el Colegio Militar, se divertía con varios atletas de su camada, en provocar a los “pelados”, y una vez tuvo que arrebatarse el cuchillo a un agresor agarrando la hoja con la mano. Tenía muchas novias, cuyas efigies se encargaba de reproducir Bernardo, que era gran fotógrafo. Encontró a una “pelando la pava” con otro galán, junto a una de aquellas ventanas de barrotes de hierro. - - Abrió un poco los barrotes, le metió al rival la cabeza, volvió a cerrarlos lo indispensable, y ahí lo dejó aprisionado y dando gritos.

León se presentó un día en casa acompañado de Adela, su joven esposa, criatura tan bella y fascinadora que me causó un deslumbramiento. ¡Pobre Adela! Básteme decir que fue muy desdichada por el mucho afán de no serlo. Mi infancia encontró en ella una tención siempre maternal y cariñosa, así como en León una inmensa y contenida ternura. A él debo mi primera “pluma fuente”: —Para que me escribas de dondequiera que andes. —Y así lo hice.

Un día sorprendí a mi madre hablando con León de las esperanzas que fundaba en mi porvenir. El efecto fue casi trágico: un desgarramiento, un candor perdido. Lo he dejado sentir así en mi poema “El hombre triste”. Hubiera preferido no saber nada y no tener, como en adelante, que interrogarme a solas.

Bernardo y Rodolfo, al cumplir respectivamente los dieciséis años, se trasladaron a México para aquí seguir sus estudios. En México vivían con León (al menos los domingos, pues éste era interno en su Colegio Militar), y por algún tiempo, con los atléticos hermanos Rafael y Jenaro Dávila, el mayor de los cuales, aquel magnífico Rafael que —como solía decir mi padre— se comía a sus interlocutores y era una sonaja de vigor y de buen humor, más tarde se casaría con María mi hermana. A Bernardo y a Rodolfo sólo los recuerdo bien cuando volvían a Monterrey de vacaciones, no antes de su partida; aunque todavía creo ver a Rodolfo —que me llevaba once años— a un tiempo riendo de entusiasmo y sollozando de aprensión cuando supo que lo enviaban a México; o, en la sala de verano, estudiando, acompañado de María, con un preceptor de largas barbas, o haciendo llorar de berrinche y nerviosidad a una institutriz francesa de María, la cuitada Emilia, a quien él incomodaba siempre llamando a la puerta de su cuarto o persiguiéndola por toda la casa con un silbato. Rodolfo y María mucho tiempo hicieron pareja, como después Otilia y yo. Bernardo y Rodolfo eran muy cazadores, y Rodolfo siguió siéndolo, sin que faltaran en sus fastos, no digamos piezas menores, sino el venado bura, el leopardo y el oso gris; y se metía un mes por los desiertos de la Paila, en Coahuila, llevando consigo un carro con toneles de agua. A Bernardo, como ya lo he dicho, lo distrajeran las aficiones musicales y cierta desgana para la acción. Era un gran tenor, y también lo que llaman los vecinos del Norte un *gadget-minded man*, lleno de aparatitos, artilugios y curiosidades. En el álbum de la familia quedan de ambos unos espléndidos retratos que parecen cuadros velazqueños. Los

mozos lucen boina de pluma, bolsa, escopeta, cuerno, botas. Nada faltaba a su atavío, y los dos eran muy apuestos. Más que muchachos cazadores, parecían muchachos disfrazados de cazadores para un baile de fantasía.

María vino a ser la “mamita”, la ayudante natural de la madre, y acudía con sencillez y paciencia a todas mis curiosidades y mis antojos infantiles. A Amalia y a Otilia las he pintado en mi poema “Recuerdo”, con su peinado liso de abarcador, sus medias negras y sus botitas de botones. Otilia, que apenas me lleva más de un año, fue la gemela de mi infancia. Ambas, mis compañeras por excelencia. Pero muy pronto las mujercitas echan a volar y van dejando a los niños en la tierra, que las ven subir asombrados, sin saber por qué se les van, los superan y los dominan.

Y al fin vino Alejandro (hoy, *une tête bien connue* en los teatros y conciertos de México), el menor de todos y después mi camarada constante, que de repente se puso en dos pies y: echó a correr por la huerta, rumbo a las caballerizas y al portalón del fondo, rumbo al barrio de San Luisito, donde organizó su “Circo Pelangochano” y traía revuelta a la muchachada del río.

Y así se mantuvo por algún tiempo, travieso y gozoso. Pero un día lo enviaron a una Western Military Academy de Illinois, y volvió transformado. No porque adoptase maneras extrañas, sino porque parecía haber perdido en buena parte la alegría y la confianza.

Ya sólo me quedan, cuando escribo estas líneas, Otilia —madre y abuela de larga prole, abrazada siempre a su Ramón, el más bueno de los hombres— y Alejandro, aquí, al otro lado de mi mesa, contemplándome con melancolía y ayudándome con mis soledosas evocaciones.